

AZULUNALA

Ángeles Durini

ILUSTRACIONES DE **Cucho Cuño**



AZULUNALA

Ángeles Durini

ILUSTRACIONES DE **Cucho Cuño**

GRUPO EDITORIAL PLANETA

AZULUNALA

Yo, mosca, vivo en la punta del mástil de la escuela de Lomas del Río Luján. Para llegar allí se puede ir por la misma ruta que va a la ciudad de Rosario, hasta la salida a la ruta 4, más parecida a un camino, donde a veces se cruza alguna cabra. Hay que andar un poco y enseguida, a mano derecha, está la escuela. Nadie se puede equivocar porque hay un semáforo para que los chicos crucen; y es el único de la zona. Detrás de la reja y antes del edificio, está el mástil. En ese punto estoy generalmente yo, arriba de todo.

Por las mañanas me despiertan las voces finitas de los chicos cantando “Azulunala”. ¿Qué será “azulunala”? No lo sé, pero me gusta la palabra. Y mientras cantan, suben un trapo celeste y blanco con un piolín. Cuando llega arriba, el viento lo mueve y me hace cosquillas. “Hora de levantarse”, me digo, y enseguida me pongo a volar alrededor

del trapo que flamea con el viento, al ritmo de la canción de los chicos. Ah, pero me acabo de dar cuenta: yo tengo un ala azul, ¿será que me cantan a mí? “Azulunaaaa”. Soy la mosca Azulunala, para servir a quien mande.

No cualquier mosca tiene la suerte de nacer y vivir en una escuela. Es impresionante las cosas que se aprenden. Apenas me despierto y después de haber revoloteado alrededor del trapo, sí, ya sé que se llama “bandera”, bueno, después de revolotear alrededor del trapo bandera —la verdad es que todavía no entendí bien qué significa ese trapo bandera—, salgo volando hacia la cocina donde preparan el desayuno, y me meto por la ventana antes de que lleven el mate cocido y las galletitas a las aulas. Las aulas son habitaciones llenas de sillas donde se sientan los chicos a aprender. Y donde se sientan las moscas, qué tanto. Las moscas también aprendemos. Sobre todo las que tuvimos la suerte de nacer en una escuela, porque las que andan sueltas por el campo, pobrecitas, solo saben molestar al ganado.

Entonces, un día cualquiera para mí es desayunar primero, y después meterme en las aulas. En todas, de primero a sexto. Todos los días me meto en cada aula, en primero “A” y en primero “B”, total no hay maestra o maestro que dé la misma lección. Escucho doce lecciones por día. Mejor dicho, un montón de pedazos de lecciones. Ya sé un poco de cada cosa.

Mañana los dos cuartos grados van a ir de excursión rumbo a Capital. Me voy a meter en el ómnibus sin que me vean, total mis padres no necesitan firmar ningún permiso para dejarme ir, si ya volaron hace tiempo y me sé manejar muy bien sola. Así que me voy a colar por una de las tantas ventanillas del ómnibus y voy a ir a pasear con los chicos.

Es un tema muy interesante el que están tratando los chicos de cuarto grado. Hablan nada menos que del trapo bandera que suben y bajan todos los días. Parece que hubo un creador. Lo más cómico es el nombre completo del creador. Aunque todos le digan Manuel Belgrano, el hombre se llamaba Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano. Yo no sabía que “Corazón” era un nombre. ¿Si te llamas “Corazón” estás obligado a ser bueno? Igual, me gusta más Azulunala, como me llamo yo.

Y ahora a dormir, que mañana tengo que estar muy atenta. Lo que más nerviosa me pone es perderme en Capital, no tengo ni idea de cómo volver.



DE EXCURSIÓN

Me mandé un vuelo rasante directo al ómnibus. Cuando abrí los ojos, los chicos ya estaban subiendo. ¡Y casi me quedo afuera!, porque, mientras me colaba por la puerta refregándome los ojos con las patas, uno de los chicos me dio un manotón. No tuve más remedio que dejarlo pasar primero y después, adentro. Me escondí entre los pliegues de uno de los frenos por un buen rato para que a nadie se le ocurriera espantarme. No salí de mi escondite hasta que no pasamos la General Paz porque los chicos me aturdían con sus cantos y gritos y, cuando el chofer dio el último frenazo, salí volando.

Bajamos en una calle que me pareció antigua; en vez de asfalto o tierra había adoquines. Caminábamos todos detrás de la maestra. Un montón de gente andaba por la calle. Los chicos iban riéndose hasta que la señorita Carla los calló a todos. Lo que no pudo callar fue el ruido de la gente y de los autos.

—Chicos, en la siguiente esquina, entre las calles Belgrano y Defensa, en el atrio de la iglesia de Santo Domingo está la tumba de Manuel Belgrano.

¿Íbamos a empezar por el final? ¿Visitando una tumba en vez del lugar donde Belgrano nació? Nos hizo cruzar la calle con cuidado y quedamos parados frente a la iglesia de Santo Domingo, rodeada por una reja. Detrás de la reja y delante de la iglesia había un gran patio y allí estaba. Yo nunca había visto una. Me colé por la reja, y los chicos cruzaron por el portón y nos acercamos. La tumba era ovalada y estaba encima de unos ángeles parados arriba de un pedestal.

—Los ángeles soportan la tumba sobre sus cabezas —explicó la señorita Carla. Yo pensaba que los ángeles siempre andaban volando bien alto, todavía más arriba de lo que volamos las moscas.

Nos pusimos a leer los carteles de bronce que había alrededor. Yo también leo, claro que sí, al vivir tantos años en una escuela aprendí a leer de todas las maneras posibles. Después entramos a la iglesia en silencio, es que habíamos quedado mudos luego de verla. La iglesia es muy antigua. Al salir, nos volvimos a parar frente a la tumba o, mejor dicho, frente al mausoleo.

—Belgrano murió el 20 de junio de 1820. Antes, solo le habían puesto una simple placa que decía: “Aquí yace el general Belgrano”, pero años después, en 1895, a un grupo de jóvenes estudiantes les pareció que la tumba era demasiado modesta y que

hacía falta un reconocimiento a alguien que había hecho tanto por la patria. Entonces pidieron permiso y consiguieron que se construyera este mausoleo. Un mausoleo es una tumba importante para alguien que hizo muchas cosas por la sociedad —dijo la señorita Carla.

Y tenía razón, porque Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano había sido una persona importante que había creado la bandera, y había luchado y ganado las batallas de Tucumán y de Salta. También se había preocupado por la educación: los cuarenta mil pesos que en aquel entonces recibió por sus victorias los donó para que se hicieran cuatro escuelas. Me emocioné mucho al escuchar todo lo que decía la seño acerca de Manuel Belgrano y me imaginé a un montón de moscas sobre los mástiles de aquellas escuelas creadas por él.

Una vez que salimos de Santo Domingo fuimos a dar algunas vueltas por la calle. Conocimos la casa de Josefa Ezcurra, una novia de Manuel Belgrano. La casa también es antigua, es que todos habían nacido en el mil setecientos y pico, como para no vivir en casas viejas. Por fin, la seño Carla anunció lo que pensé que sería lo mejor:

—Manuel Belgrano vivía a la vuelta.

Yo moría por ver la casa de Manuel del Corazón de Jesús.

Entonces, cuando llegamos a la dirección donde se suponía que antes estaba la casa, oh sorpresa,

solo vimos un edificio. Se llama Calmer. ¿Cómo Calmer pudo hacer un edificio en la casa de Manuel Belgrano? Con razón la señorita Carla no se apuraba por llevarnos ahí, porque sabía que la casa no estaba más. El edificio no parecía muy moderno, pero no era para nada antiguo. Frené mis alas indignada junto a la bandera flameante, atada a un mástil ubicado en el costado de la puerta de entrada. Pretendían arreglar la cosa poniendo una bandera. Toda mi furia de mosca se despertó en ese instante. Iría ya mismo a hablar con algún responsable.

En eso se abrió la puerta de reja verde del edificio Calmer y aproveché que alguien salía para entrar. Comencé a revolotear en el hall para pedir explicaciones. Nunca lo tendría que haber hecho. Un hombre que no supe distinguir si era de seguridad o el portero se acercó a mí con un artefacto cilíndrico en la mano. Lo último que vieron mis ojos fue un dedo índice que presionaba un botoncito en la parte superior del artefacto, mientras una especie de gas salía de él en forma cónica y me daba de lleno en la cara. ¡Y también en el cuerpo! Me habían empapado de veneno. Lo último que sentí fue la caída que tuve contra el piso. Y que moría en el mismo lugar donde Manuel Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano había nacido y, también, había muerto.

¿DÓNDE ESTOY?

Juana, María Josefa, ayuden a Melchora a poner la mesa! ¡Joaquín, pedile a Antonio que busque agua del aljibe! Manuel, fijate qué está haciendo tu hermano menor.

Yo, mosca Azulunala, entreabrí los ojos. Una voz desconocida me había despertado. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estaba recostada sobre un piso de ladrillos. Empecé a aletear hasta incorporarme. Me encontraba en la sala de una casa que me pareció viejísima pero en buen estado. Mejor dicho, una casa antigua, con muebles antiguos: unos sillones de respaldo redondeado y tapizados de color bordó. Más allá, una mesa de comedor de madera maciza y, alrededor, un montón de sillas. Había varios chicos yendo y viniendo, pero no me pareció que ninguno fuera del colegio del que había salido yo. Eran chicos antiguos.

De pronto se abrió la puerta de calle y entró un hombre de ojos grandes y redondos como... como...

los de Manuel Belgrano. Sí, era un hombre muy parecido a las imágenes que había visto de Manuel en la clase de cuarto grado.

—Manuel —dije por lo bajo en mi lengua de mosca que, por supuesto, nadie escuchó. Mejor. La gente no suele reaccionar muy educadamente frente a las moscas.

Opté por esconderme detrás de una cortina de terciopelo y espiar.

—*Buona sera, miei bambini*, buenas noches —dijo el hombre parecido a Belgrano. Hablaba en castellano con un poco de acento italiano.

La maestra había dicho que el padre de Belgrano había nacido en Italia, entonces... no... era ridículo lo que estaba pensando.

—Hola, Domingo —dijo una mujer entrando por la puerta del fondo de la sala con una bandeja de empanadas. Por la voz me di cuenta de que era la misma que hacía un ratito había dado un montón de órdenes—. Ya se pueden sentar todos a comer.

Detrás de ella entró una mujer mulata con un pañuelo en la cabeza llevando una bandeja llena de unas pelotitas olorosas. Y un segundo más tarde apareció un joven negro y de rulitos con una olla grande.

—Apoyá las castañas en el posafuentes, Melchora. Antonio, la olla del puchero en la mesita —indicó la mujer.

—¿Los niños ya tienen sus valijas y sus cuadernos listos? —preguntó el hombre.

—A ver, Manuel, ¿tienen todo listo para mañana?

—Sí, mamá.

No lo podía creer, desde el pliegue de la cortina vi cómo Manuel niño se acercaba a su madre para ayudarla con la bandeja.

—¿No podemos seguir tomando clases en el convento, en vez de tener que ir al colegio? —preguntó otro de los niños, muy parecido a su hermano Manuel pero un poco más chico.

—No, Francisco —dijo el padre—, ya son suficientemente grandes como para ir al colegio y seguir estudiando. Quizás un día puedan terminar los estudios en España. Necesito a alguien que me ayude en el comercio para cuando esté muy viejo. *Non è vero*, Josefa?

—Claro que *è vero* —contestó la mujer, que no era otra que la madre de Belgrano.

—¿Y no podremos dormir en casa? —insistió.

—No, ya somos grandes y vamos a ser pupilos —contestó Manuel.

—Pero el colegio está cerca, y Melchora nos puede ir a buscar todas las tardes.

—No, Melchora tiene otras tareas que hacer, hay un montón de ropa de toda la familia para lavar —dijo la madre—. Les llegó la hora de ir al colegio.

—¿Y a nosotras cuándo nos va a llegar la hora? —preguntó Juana, una de las niñas menores.

—Las mujeres estudian en la casa —contestó el padre.

—¿Y por qué, papá?

—Eh, porque sí. Y ahora a comer que se enfría el puchero. Por favor, Domingo, bendecí la comida.

Todos bajaron la cabeza mientras don Domingo decía:

—Señor, bendice estos alimentos que vamos a recibir. Santa María, protege a mis hijos que mañana empiezan la escuela. En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, amén.

Dicho esto levantaron la cabeza y empezaron a comer. Pero yo, mosca Azulunala, salí de mi escondite y me puse a revolotear sobre la mesa. ¿Y por qué, eh? Así que las mujeres no van al colegio, ¿y por qué?

Mi enojo casi me cuesta la vida. Varios manotazos volaron por el aire alrededor de mi cuerpo, pero por suerte mi agilidad pudo más y logré huir hasta esconderme otra vez entre las cortinas. Debo aprender a contener mi carácter, en cuanto algo me parece injusto, me saca de quicio y voy directo a enfrentarme. Pero es inútil, nadie me escucha y lo único que obtengo como respuesta son manotones.

Durante la cena intenté contar cuántos eran, pero siempre me daba una cuenta distinta: una madre, un padre —eso era fácil— y ¿cuántos hijos? A veces contaba dieciséis, pero entonces alguno se movía y contaba doce. Como la cuenta no coincidía con la anterior, volvía a contar y me daba trece, y

así es que nunca llegué a saber bien cuántos hermanos tenía Manuel. Pero que eran muchos, mejor dicho, muchísimos, nadie lo duda.

Cuando terminaron, después de que el padre les diera permiso, empezaron a levantarse de la mesa y apareció Melchora a juntar los platos. Todos fueron diciendo “buenas noches”, soplaron las velas y desaparecieron detrás de diferentes puertas. Yo no dudé un segundo y me fui detrás de Manuel. En el cuarto había tres camas con techo y cortinas. No sé cómo podían dormir con tanto trapo encima de la cabeza. Mientras Manuel se desvestía para meterse en la cama, me apoyé sobre una borla del techo y empecé a bostezar. Muchas emociones para un solo día.

Ya se me estaban cerrando los ojos cuando, de pronto, casi me muero del susto. Era la segunda vez en ese día que mi vida corría serio peligro: algo transparente se posó sobre mí y no me dejaba respirar. Empecé a revolotear desesperada, pero mis alas chocaban contra paredes. Me habían encerrado. Grité pero, como siempre, nadie me escuchó. Me movieron, alguien me transportaba. Después, por un momento, se levantó la tapa que me habían puesto encima y entró luz. Vi la cara de Manuel que se asomaba y me iluminaba con la llama de una vela.

—Vas a venir conmigo al colegio en este frasco —susurró—. Serás mi mascota. Prometo alimentarte y cuidarte.

Después de eso, cerró la tapa y escuché que soplabla la vela. Adentro del frasco, seguí escuchando la respiración de Manuel. Es que me había apoyado sobre la almohada. Me alegró pensar que se preocupara por mi alimento, aunque eso de encerrarme estaba de más. Tendría que explicarle lo más pronto posible que no pensaba abandonarlo y que iba a seguirlo hasta donde fuera por voluntad propia. Además, si me separaba de él, no sabría adónde ir. La escuela donde vivía quedaba muy lejos en el espacio pero, sobre todo, en el tiempo. ¿Sentirse morir será viajar en el tiempo? ¿Volvería a casa en ese instante o me transportaría a otra nueva época?

Medio ahogada, me fui quedando dormida. Soñé que volvía y me paraba frente a toda la escuela arriba de la bandera y les contaba a los chicos, a los maestros y a los directores que había conocido a Manuel Belgrano. El mismo que ahora había tenido el atrevimiento de encerrarme en un frasco sin importarle que me faltara el aire.

VIVIR ENFRASCADA

Me desperté embotada, me había pasado toda la noche embotellada en el frasco. Lo peor era que seguía adentro de él. No soportaba más el calor. Mientras intentaba mover una pata vi, desde el otro lado del vidrio, que Manuel abría los ojos y me sonreía. Por suerte se apiadó de mí y abrió la tapa.

Respiré profundo y exhalé, igual a como una maestra les había enseñado a los chicos en las clases de yoga que daba en el colegio. Me sentí mejor pero no atiné a remontar vuelo y salir de allí. Quería que Manuel sintiera confianza conmigo, que se diera cuenta de una vez por todas de que no me pensaba escapar. No tenía adónde ir sin sentirme perdida.

Manuel se levantó y comenzó a alistarse. Los minutos de aire no duraron mucho; enseguida se escuchó la voz con acento italiano del padre que lo



llamaba. Entonces cerró la tapa, me puso adentro de la valija y me transportó corriendo.

—¿Sacame de aquí, por favor! —empecé a gritar, pero fue inútil.

En eso nos frenamos.

—Esperen un poco, que ya vuelvo —dijo don Domingo.

—¿Querés ver una cosa que tengo? —le susurró Manuel a Francisco, y escuché que abría la valija y me sacaba con el frasco. Casi me desmayo con lo que vi: la calle Defensa, toda empedrada y antigua, tal como la habíamos visto la mañana anterior con los alumnos de la escuela de Lomas del Río Luján. Empecé a revolotear y a golpear mis alas contra el vidrio.

—Abrile la tapa que se va a ahogar —dijo Francisco. Por fin alguien se daba cuenta.

Manuel abrió la tapa, volé hasta el borde y ahí me quedé haciendo equilibrio. Justo estábamos frente a la iglesia de Santo Domingo, con su cúpula redonda y preciosa y, al frente, el atrio; eso había aprendido el día anterior, que el patio delante de una iglesia se llama “atrio”. Justo allí, donde había visto la... ay, qué horror, no quise pensar más. Miré a los ojos a Manuel y me dio una ternura infinita.

—Vas a ser un gran hombre —le dije en un siseo que no sé si escuchó.

—Ahí viene papá —dijo Francisco, y Manuel se apuró a cerrar la tapa del frasco y a guardarme dentro de su valija.

—Buenos días, niños —dijo una voz de hombre, desconocida para mí—. Qué alegría me da que hoy empiecen el colegio. Pensar que yo les enseñé las primeras letras. Vayan con Dios.

—Gracias, padre. Vaya usted también con Dios —dijeron los dos niños, educados.

“¡Padre, espere!, estos niños educados tienen encerrada a una mosca que se está ahogando adentro de un frasco. Dígales algo, padre”. Pero el padre, ni miras de oírme.

En fin, seguimos camino hasta ahí nomás, porque rápidamente llegamos. Fuimos recibidos formalmente por el director, que nos hizo pasar. Les dijo a los niños que dejaran sus cosas en la habitación y que se alistaran para entrar a clase. Los niños se despidieron de su padre, dejaron sus cosas, fueron a clase y a mí... ¡me dejaron encerrada! ¡Auxilio!

Ya me encontraba casi muerta cuando sentí que me sacaban de la valija y abrían la tapa del frasco. Tomé aire y me arrastré hasta el borde. Pude ver, medio borrosas, las caras de Manuel y de Francisco.

—Te dije que se estaba ahogando, dejala salir y que vuele —ay, Francisquito, cómo te quiero.

—Es que puede ser nuestra mascota. La podemos entrenar y que viaje a nuestra casa con mensajes para mamá.

Buena idea, soy capaz de hacer eso, conocí el camino desde la iglesia hasta tu casa ayer, don Ma-

nuel, cuando vine de excursión, puedo hacerlo sin que me entrenes. Pero ahora esperá un poco que me siento mareada.

—Soplala —dijo Francisco.

Sentí que un aire me batía las alas y me sacaba la modorra de la cabeza. Levanté vuelo y revoloteé sobre las cabezas de los niños.

—Alejate —dijo Francisco, y me tiró un manotón.

—No la echés. Aquí, mosca.

No necesitó más para que me posara sobre su hombro.

GRUPO EDITORIAL PLANETA